

El Roure

Una escuela para cuidar el alma infantil

Ubicada en medio del bosque, en esta escuela no hay horarios, ni programas ni grupos establecidos. Los 24 niños y niñas a los que acoge deciden de forma espontánea las actividades: el aprendizaje surge de lo que late vivo en el presente. Un aprendizaje que los niños llevan a cabo de forma autónoma, en compañía de los docentes y con la implicación de las familias.

Begoña González*



El Roure.

El presente es de los niños y niñas: su aprendizaje nace genuino de lo vivo y la escuela respeta la intimidad de sus descubrimientos

En el año 1995 se organizó el primer grupo de un curso llamado “Crecer con los hijos”, que dirige Cristóbal Gutiérrez. De este curso surgió la idea de crear un espacio para niñas y niños de uno a seis años que tuviera como principio básico el respeto por el alma infantil (La Casita). Después de cuatro años, el local estaba al límite de su capacidad, y una larga lista de espera demostraba la demanda. El siguiente paso fue en el año 2001; trasladamos nuestra iniciativa a una zona rural y ampliamos la participación de tres a doce años. Nos encontramos en una finca preciosa de siete hectáreas de bosque y cultivo a una hora de Barcelona, con mejores condiciones de las que nunca pudimos soñar. Fue posible gracias al apoyo desinteresado de muchas personas, en primer lugar de la persona que compró la finca para que el proyecto se pudiera realizar, y de las primeras familias que quisieron participar a pesar de las muchas dificultades. Así nació El Roure (El Roble). Paralelamente siempre hemos mantenido la labor de formación y orientación para madres, padres y educadores, que permite que la experiencia se abra más allá de las fronteras de la escuela.

De cómo vivimos nuestra escuela

Teníamos unos cuantos años de estudio y experiencia. Teníamos las ideas básicas muy claras, reafirmadas por la experiencia de La Casita, unos cuantos interrogantes, muchas fuentes de inspiración y muy pocos referentes válidos como modelos. Ninguna línea pedagógica conocida nos convencía al cien por cien y, al mismo tiempo, muchas ideas y reflexiones de diversas corrientes pedagógicas hacían eco en nosotros. Con todos esos elementos fuimos haciendo la ruta, siempre guiados fundamentalmente por la vivencia cotidiana con niños, niñas, madres y padres.

La escuela que puede ser, la que lleva el sello de las personas y los tiempos que la hacen posible, se va desvelando lentamente, como si siempre hubiera estado allí; y, sin embargo, no hay más remedio que materializarla a través de un proceso hecho de experiencias, reflexiones, pruebas y rectificaciones, al ritmo imprevisible de lo que se rige por sus propias leyes. Y siempre es interesante tener presente el camino recorrido, sobre todo para no olvidar que la escuela que puede ser, seguramente estará siempre en movimiento.

En El Roure acogemos a niños y niñas de entre tres y doce años; en este curso 2004-05 hay inscritos 24 niños y niñas. Trabajamos cuatro adultos y, a menudo, contamos con la colaboración temporal de estudiantes en prácticas o alguna persona interesada en conocer de cerca la realidad de la escuela. Además, es habitual la presencia de alguna madre o padre que acude a colaborar.

La dinámica cotidiana es siempre distinta, única e imprevisible; solamente la marcan, como elementos estables: una reunión de grupo en el momento de la llegada, algunas tareas cotidianas, el momento de la comida y las propuestas voluntarias y temporales para cada día de la semana.

En El Roure, el tiempo y el espacio es de los niños y niñas.

Las puertas se abren a las 10:00 y se cierran a las 15:00 horas. Aproximadamente a las 12:45 se empieza a recoger, y a las 13:00 es la hora de la comida.

No establecemos horarios para las actividades, ni hay programas diseñados para cada grupo de edad que desarrollar en un tiempo prefijado. Los niños y niñas se mueven por el espacio de la escuela de forma libre, y utilizan cada lugar en función del material disponible en él o bien según sus propias necesidades. Como es-

pacio interior tenemos una sala entarimada para actividades de movimiento, una zona de rincones comunicados que dispone de diferentes materiales, una zona de talleres (naturaleza, plástica y ciencias), una zona de biblioteca, juegos de mesa y sala de reuniones, cocina y comedor. Como espacio exterior tenemos una zona de juegos motrices y arenero, una zona de huerto y gallinero, campos abiertos, pista de deportes y una zona de juego motriz en el bosque (anillas, trapecio, lianas, etc.), y mucha naturaleza alrededor.

En El Roure el presente es de los niños y niñas.

Creemos que el genuino aprendizaje nace de lo que late vivo en el presente, de un encuentro o un desencuentro con el otro, de un acontecimiento inesperado, del pensamiento o la idea que surge y puede realizarse o expresarse...

Queremos permitir que los niños y niñas desgranen el presente como muy bien saben hacer, que acompañen y alimenten la intensidad del momento si así lo demandan, o respeten la intimidad de sus descubrimientos.

Un día limpiaba y ordenaba el taller de plástica cuando encontré los papeles que habíamos fabricado artesanalmente en el Museo del Papel de Capellades. Los guardábamos para una ocasión especial y... estaban reducidos prácticamente a la mitad, con los bordes sospechosamente mordisqueados y moteados por caquitas negras y diminutas. Casi todos lo tenían claro: había sido obra de ratones. Les propuse hacer algo "especial" con nuestros valiosos papeles antes de que no quedara de ellos ni una viruta. Una idea fue bien acogida: un libro para escribir en él "Historias de ratones". Lo hicimos y con el tiempo se ha ido llenando de historias ilustradas. Le buscamos una caja también especial y allí lo guardamos junto con unas muestras de las caquitas, un ratón de lana que alguien nos regaló y un pequeño pergamino que explica esta historia. Es uno de los tesoros de la escuela más remirado.

La autonomía en el aprendizaje

En El Roure, el aprendizaje lo lleva a cabo, de forma autónoma, el niño o niña, pero...

El camino y el ritmo que cada niño o niña tiene para aprender son respetados. Creemos que el deseo de aprender es el mayor tesoro de la infancia, y por eso los elementos que posibilitan el aprendizaje autónomo son cuidados aquí: la curiosi-

dad, la inocencia, la fantasía, la experimentación y la investigación, el pensamiento divergente...

Pero hay límites; hay lugares de la finca a los que no está permitido el acceso sin el acompañamiento de un adulto o sin su permiso; otros a los que sólo acceden libremente los que demuestran ser responsables para ello; no está permitido malgastar ni destruir los materiales; hay que respetar el espacio ya ocupado por otros y el ambiente de silencio necesario para algunas actividades, etc.

Jana es una niña de ocho años de madre alemana y padre americano. Durante dos años se negó a hablar una palabra de alemán o inglés a pesar de que, en un ambiente agradable y de juego, a veces surgía espontáneamente la petición de algún niño o niña o de un adulto. Un día llegó con la propuesta de enseñar alemán a quien quisiera; varias niñas se animaron y juntas comenzaron el "Libro de alemán". Durante unos meses, y de forma primero intensiva y después intermitente hasta el abandono, fueron elaborando una especie de diccionario ilustrado de animales. Cada una dibujaba un animal y Jana dictaba su nombre en alemán, que quedaba escrito "como se dice". Después pedimos a su madre que nos escribiera al lado el nombre correctamente escrito.

En El Roure es de máxima importancia el proceso íntimo del crecimiento de cada niña y niño; las necesidades no explícitas de los niños, como la de soledad o de tristeza, de descarga de tensiones, de búsqueda del propio lugar en el grupo, de observación, etc., se manifiestan en un espacio de libertad con toda su claridad y amplitud. Poder vivir sin interferencias cada momento de esos procesos vitales permite su integración y, así, todo el organismo madura según sus propias directrices.

Cada niña y cada niño es protagonista de ese recorrido, que está hecho de ritmos y pulsos en constante movimiento; cada situación vivida provoca emociones, ajustes y desajustes, impulsos o inhibiciones..., y los adultos estamos allí para acompañar ese delicado y sutil entramado que vamos tejiendo al vivir y que da la medida de la complejidad que somos. La familia siempre está implicada en el proceso de desarrollo de los niños y niñas; por eso, para nosotros, es imprescindible esa comunicación. A pesar de todo, siempre habrá en este aspecto mucho que no podamos abarcar ni comprender, y eso es parte de la maravilla de la vida.

Se trasladan a la prehistoria, para vivir como debieron hacerlo aquellos hombres y mujeres



El Roure.

Carlos, de cuatro años, era un niño al que rápidamente se podía calificar de inteligente y creativo; no paraba de hacer dibujos llenos de colorido y hablaba con una corrección inusual, a menudo sobre temas que desde luego no eran del interés de los demás niños y niñas. Se mantenía serio y su actividad se limitaba a lo que podía hacer sobre una mesa o con un libro. Su forma de relacionarse, tanto con los adultos como con los demás niños y niñas, era básicamente a través de la palabra.

Pronto se vio que en situaciones que implicaran la motricidad se sentía extraordinariamente inseguro, aunque el “peligro” no fuese real. Mientras los demás niños y niñas, algunos más pequeños que él en edad o tamaño, disfrutaban visiblemente colgándose de una cuerda, trepando por los barrotes de la escalera horizontal o dando volteretas en un gran cojín, él los observaba pasivo desde un rincón. Allí nadie se entretenía escuchando sus discursos, pronto perdía la atención del otro en sus intentos de relación y se quedaba solo. Los adultos le atendíamos como a cualquiera y tampoco le seguíamos en esa dinámica, porque pronto percibimos que escondía algo que necesitaba manifestarse. Poco a poco fue tomando un papel más observador en general y aventurándose en otro tipo de juegos en los que él no

era tan experto. Por fin, un día, me llamó a gritos, muy excitado, y cuando acudí estaba fuertemente agarrado de un barrote de la escalera horizontal, suspendido... ¡a un palmo del gran cojín que había debajo! Su cara sonriente hablaba por sí sola de la inmensa satisfacción del paso dado.

Las actividades

En El Roure, la actividad es de las niñas y niños.

Los niños y niñas deciden espontáneamente qué quieren hacer en cada momento. Además, se hacen propuestas voluntarias para cada día; pueden ser iniciativa de los adultos o de los propios niños y niñas, y se alargan en el tiempo básicamente en función del interés que suscitan. En este momento, las propuestas de grupo que se están realizando son: revista, experimentos del medio natural, lenguaje de signos (LSC), construcción y uso de juegos de mesa de otras culturas, y taller de imagen en movimiento. Además, algunos ayudan a poner en marcha el huerto, un niño y una niña nos enseñan bailes tradicionales catalanes, periódicamente elaboramos menús y listas de la compra para el día de cocina, aprendemos a jugar al voleibol o se invo-

lucran con intensidad en actividades “contagiosas” (construcción y tiro con arco, cabañas, un juego reglado de exterior, nudos y juegos con cuerdas, etc.).

A partir de los seis años, las propuestas voluntarias implican un compromiso de asistencia, si se trata de proyectos de grupo (representación teatral de una historia inventada, elaboración de la revista, etc.).

Se establecen turnos para las tareas de cocina (poner la mesa, limpieza, cocinar un día a la semana, alimentar a las gallinas, recoger leña para la estufa, etc.). Es obligatorio recoger y ordenar los materiales después de usarlos.

Los adultos intervenimos en la actividad en situaciones concretas en las que se observa algún bloqueo en el proceso de aprendizaje y desarrollo natural de un niño o niña.

Un día ofrecí un material de juego para los más pequeños: tubos, canales y rampas de plástico recogidas del desecho de una obra, y unas pelotas. Casi todos se interesaron pronto por ello; comenzaron a construir recorridos en el exterior aprovechando desniveles, escaleras, muros y hasta árboles, añadiendo ladrillos, cubos y otros elementos para modificar alturas e inclinaciones. La experimentación era apasionada; se propagó y se formaron diferentes grupos de trabajo, cada uno en

una zona especialmente elegida, en la que pasaron buena parte de las mañanas durante muchas semanas.

En otra ocasión, les propuse aventurarnos en el principio de los tiempos. Leímos multitud de leyendas de diferentes culturas sobre la creación del mundo, representamos y recreamos alguna, elaboramos un libro ilustrado con ellas, y construimos una representación del sistema solar en papel y cartón con diferentes técnicas. Leímos y recreamos historias mitológicas sobre los dioses y diosas que dan nombre a los planetas. Consultamos libros sobre Astronomía, Astrología, Botánica, Zoología y Prehistoria. Construimos juegos de cartas y figuras de barro de diferentes dinosaurios. Y después nos trasladamos a la Prehistoria humana para vivir varios días como debieron vivir aquellos primeros hombres y mujeres: los hombres construyeron armas (algunas inventadas) y se fueron a cazar, cada cual elaboró su calzón de “piel de oso” o su capa; las mujeres fabricaron pequeñas figuras de diosas de la fertilidad para los rituales. Hicimos recipientes de barro, recogido de los caminos encharcados, collares y amuletos. Comimos sentados sobre nuestra piel de vaca y caminamos descalzos en busca de nuevos lugares de caza para asentarnos.

Para Lluna, de nueve años, la escuela convencional fue una experiencia difícil. Cuando llegó a El Roure, a los siete años, mantenía un rechazo absoluto a todo lo relacionado con letras y números. Poco a poco fue relajándose y comenzó a escribir por propia iniciativa lo que a ella realmente le interesaba. Sin embargo, seguía resistiéndose a leer, aunque le gustaba mirar los libros o escuchar cómo otros leían. Al comenzar este curso le recomendé un libro. Su respuesta fue rotunda y la expresó con todo el cuerpo: ¡Pero leer no!, ¿eh? Pensé que era momento de intervenir. Hablé con ella a solas e intenté que tomara consciencia de esa lucha íntima; me dijo que le costaba porque se olvidaba de algunas letras y las confundía, y que quería leer bien, como los mayores.

Le propuse que nos encontráramos un rato al día a solas para que leyera. Aceptó y cerramos el trato con un apretón de manos. Los días siguientes, para mi asombro, Lluna me buscaba para reclamar su rato de lectura conmigo.

La vivencia de las relaciones

En El Roure, las relaciones son de los niños y niñas, pero...

Cada cual se relaciona libremente con los demás sea cual sea su edad; no hay separación por grupos de edad, ni por otros criterios impuestos por los adultos.

Sin embargo, hay una serie de normas básicas que velan por la seguridad y el ambiente de confianza y tranquilidad de cada niño y niña; no están permitidas las agresiones (sean físicas, verbales, psicológicas, etc.), y hay una intervención muy clara del adulto para desarrollar un aprendizaje de la convivencia (ver y tener en cuenta al otro, respetarlo en su actividad, espacio, forma de ser, etc., y aprender a resolver los conflictos a través de la comunicación y el diálogo).

La experiencia de la convivencia es una buena parte del sentido que damos a nuestra escuela. La mayoría de familias son de hijos únicos, y existe una dificultad real para que los niños y niñas vivan en barrios o pueblos una relación de grupo de forma estable. Por otra parte, es a través de la relación que cada cual puede descubrirse y descubrir, definir su propio camino por contraste o similitud; asomarse a universos afines o que no le son propios.

Durante este curso admitimos a varios niños y a una niña de más de siete años escolarizados desde los tres en escuelas convencionales. Algunos llegaron con problemas de adaptación a la estructura escolar, pero en la escuela no destacaron por su conflictividad. Sin embargo, sabíamos que el ambiente de relaciones que se vive aquí es muy distinto al de la mayoría de las escuelas, y que en una estructura de libertad surgen con mucha facilidad las tensiones acumuladas y contenidas. Acogerlos en el pequeño grupo que éramos fue una decisión arriesgada.

El ambiente cambió completamente y tuvimos que dedicarnos, en reuniones casi continuas durante meses, a los conflictos de relación que provocaban las formas perversas aprendidas por estos niños: la mentira, el abuso de poder, la manipulación o el chantaje, la agresión, la burla..., todas ellas usadas de forma habitual.

En un momento dado vimos que la situación desbordaba a algunos niños y niñas, que reclamaban continuamente la intervención de los adultos y pedían normas concretas que nunca hasta entonces habían sido necesarias. Comenzamos un proceso de grupo para establecer los acuerdos que ahora nos sirven para resolver situaciones conflictivas de una forma más sencilla. Algunas de esas reglas fueron propuestas por los adultos

y otras, por los niños y niñas, aunque lo realmente importante en ese momento fue que existieran. Con ellas estamos elaborando un “Libro de acuerdos” que quizá no será muy consultado, pero que simboliza y recuerda el respeto necesario para la convivencia. Poco a poco las cosas han ido serenándose y cada cual continúa con su propio proceso sin que ello suponga un problema constante para los demás.

Un día, llegamos a la reunión voluntaria de la mañana con un conflicto entre dos grupos; unos niños habían construido en la sala una cabaña con todos los cojines y mantas que tenemos allí, y no querían que los demás entraran ni en su cabaña ni en la sala. Un grupo de niñas quería jugar con esos materiales en la sala.

Una vez expuesto el problema, como solemos hacer, pedimos soluciones. El ambiente general era bueno, de una gran implicación y esfuerzo por participar de forma responsable en la conversación (espontáneamente, uno de los niños más mayores hace de moderador). Dos niños muy alterados, y en actitud de claro enfrentamiento, propusieron que las niñas cogieran tres cojines del lugar de reuniones y jugaran con ellos allí. Las niñas no aceptaron. Planteé a estos niños que una solución es una idea que pueda satisfacer a todos, no sólo a los que la aportan. Otro niño propuso que se pudiera mantener la cabaña durante tres días con uso exclusivo de la sala y después se desmontara. Todo el mundo estuvo de acuerdo excepto dos niñas. Recordé que se trataba de que todos y todas estuvieran conformes con la solución, no sólo la mayoría. Y algo cambió: un niño dijo que se podía desmontar la cabaña y milagrosamente todos estuvieron de acuerdo. Se levantó la sesión con un aire de alegría y complicidad.

Los adultos y las familias

En El Roure, los adultos creamos una relación afectiva intensa con los niños y niñas. Solemos ser confidentes, referentes éticos, compañeros de actividad en un momento dado, cómplices de bromas, guías en el momento de un proceso de aprendizaje...

Pero marcamos los límites con claridad y contundencia cuando es necesario. En todo momento somos adultos, no estamos en una situación de igualdad respecto a los niños y niñas.

No recuerdo cómo surgió la idea de construir “cabañas”: espacios reservados de cada grupo de entre dos y cinco niños

(las niñas apenas se interesaron por el tema). Utilizaron todo tipo de materiales, pero Pau y Josep (nueve y diez años) hicieron la suya en un árbol. En realidad sólo cortaron algunos chupones de una rama que les dificultaban mucho la subida. Un día vinieron a pedirme ayuda para construir una escalera de cuerda para su cabaña; buscamos juntos libros en los que encontramos algunas ideas. Se trataba de serrar troncos para los peldaños y unirlos mediante una cuerda en la que se hacían un tipo de nudos para fijar cada tronco. Parecía sencillo y comenzaron a serrar troncos.

Durante varios días empezaban su trabajo y enseguida lo abandonaban distraídos con otras cosas, dejando las herramientas, troncos y cuerdas sin recoger. Por fin llegaron a los nudos y, al segundo intento, lo dejaron; argumentaron que no les salía y que, con el taladro, se podían hacer unos agujeros para pasar la cuerda (como una que yo había construido para el bosque). Me senté con ellos y hablamos; les describí la actitud que había observado en ellos, les dije que no podían usar el taladro y que yo no lo iba a hacer, y que, si realmente les interesaba la escalera, la tenían que construir ellos solos y responsabilizarse de los materiales y herramientas. Algo cambió en ellos y, al cabo de un rato, la escalera de cuerda estaba colgada, lo que despertó la admiración de los demás. Pronto, cada cabaña tuvo ya su propio diseño de escalera.

El Roure está siempre abierto a las familias.

La confianza y la implicación de las familias es el motor que hace posible que la experiencia mantenga su identidad y su capacidad de evolución. Las puertas siempre están abiertas a su presencia o colaboración, pero la decisión sobre los criterios educativos y su desarrollo es siempre nuestra.

Pedimos que las familias que participan tengan un gran interés por desempeñar su labor como responsables educadores de sus hijos, es decir, que no quieran delegar este compromiso vital en profesionales o expertos, que tengan deseos de reflexionar y mejorar como madres y padres, que compartan la filosofía básica y que confíen en nuestro trabajo, que estén dispuestos a la comunicación con nosotros. Esa misma petición implica el ofrecimiento de una oportunidad de compartir y ampliar la experiencia de ser madre y padre, al tiempo que hace posible el continuo contraste de observaciones y visiones que

completan, ilustran y aportan claves imprescindibles para nuestro trabajo.

Las familias se organizan en comisiones que permiten, de forma autónoma y en comunicación con nosotros, su integración en la vida de la escuela; hay una comisión de comidas, otra de huerto y gallinero, otra de reflexión pedagógica...

Nos reunimos con todo el grupo (madres, padres, niños, niñas y educadores) con ocasión de las celebraciones de las estaciones, en las que cada cual puede aportar lo que cree conveniente: un pequeño recital de música en directo, una representación, una comida especial, un juego...

Por nuestra parte elaboramos informes trimestrales, nos reunimos personalmente siempre que es necesario y les ofrecemos la participación en un curso de formación y reflexión acerca de la línea que seguimos.

El Roure es una escuela pequeña y quiere serlo, no tiene ambición de crecer ilimitadamente. El deseo, eso sí, es cuidar la experiencia y que, como una onda que se expande en el agua, se vaya abriendo el camino hacia el reconocimiento de otros modelos educativos no establecidos. Pero también, y sobre todo, que alimente una cultura más sensible y respetuosa con el alma infantil.

Para saber más

Cuadernos de Pedagogía (1999): “La Casita, una alternativa en la primera infancia”. *Cuadernos de Pedagogía*, 283 (septiembre), pp. 28-36.

Equipo docente de La Casita (2001/02): “Diario de La Casita: África”. *Cooperación Educativa-Kikiriki*, 62-63, pp. 104-105.

González, Begoña (2003): “Escuela El Roure: materializar una ilusión”. *Cooperación Educativa-Kikiriki*, 70, pp. 21-26.

González, Begoña (2003/04): “El Roure. Escuela viva”. *Cooperación Educativa-Kikiriki*, 71-72, pp. 92-99.

Viure en Família (2000): “La Casita: nens i nenes creixent lliures”. *Viure en Família*, 1, pp. 42-43.

* **Begoña González** es codirectora de El Roure junto con **Cristóbal Gutiérrez**.
Correo-e: elroure@wanadoo.es